LA INFLUENCIA DEL INGLÉS, DEL FRANCÉS... Y DE LA CURSILERÍA

J. J. Utrilla

Mucho nos quejamos los que ya somos veteranos en esta lucha (sin límite de tiempo) por la vida, de que los niños, los jovencitos y hasta los jovenazos no quieran leer ya, y en cambio se entreguen a los dudosos deleites de la "tele", aparte de otros, que les envidiamos, y de otros más, ante los cuales nos declaramos horrorizados.

Pero no estamos tan limpios de culpa. Hasta en la escritura de algunos que presumen se han colado términos y expresiones que, si he de ser franco, me hacen dar la razón a quienes (de cualquier edad) antes que leer eso prefieren los sencillos goces de ver a "Los Picapiedra" o a mi admirado "Conde Pátula". Me refiero a las palabrejas o frases mal adaptadas del francés —galicismos— o del inglés —anglicismos— o, las que tal vez sean peores, esas frases que pretenden ser elegantes y que, ay, no pasan de cursis: el clásico "quiero y no puedo".

A la cursilería, mucho más que al francés, le debemos frases como ésta, de un escritor de muchas polendas: "Mi generación se abrevó en Alfonso Reyes", en la cual, si nos atenemos a las acepciones originales de ese verbo, habremos de imaginarnos —con poquísimo respeto— a don Alfonso transformado en abrevadero y a sus admiradores bebiendo de bruces, como mulas o bestias de piara, o echándose en remojo como cueros en adobo.

A este afán de ser elegantes "a la francesa" tenemos que cargarle en cuenta, asimismo, la cursilísima "eclosión" (que en francés sólo es acción y efecto del verbo "éclore", romper el cascarón o florecer). Para que dicha palabreja tuviera sentido habríamos de dar de alta el verbo "eclosionar" (¡ay nanita!), pero creo que aún no hemos llegado a eso.

El loable deseo de emplear un lenguaje elevado no debe llevarnos a estos excesos. Pues, contra lo que suele creerse por ahí, un estentóreo rebuzno no podrá pasar por sinaítica verdad sólo porque esté puesto en lenguaje "literario". A esta suposición (casi diríamos supositorio... para el lector) se le deben frases tan sorprendentes como "la situación tornóse difícil"; pero nadie diría "la cosa tornóse fea"; y también una conclusión se puede "sacar" sin necesidad de "extraerla". Recordemos que antes hasta al dentista se le llamaba "sacamuelas", y a nadie se le ocurriría decir "Fulano es el extraeborrachos del cabaret".

Por obra del inglés leemos —y oímos— cada vez más a menudo acerca de la "administración" de tal o cual gobernante; bien puede decirse, sin duda, que alguien como Iacocca es un gran administrador, pero es abusivo reducir a este papel a figuras como, digamos, Carlos V o hasta Nerón.

Asimismo, habrá que combatir esos derivados que no se justifican, como cuando los periódicos nos informan de un "asalto bancario" o un libro se intitula "El fraude fiscal", como si una de las funciones intrínsecas de los bancos fuera ser asaltados o una del fisco fuera ser defraudado: tanto daría hablar de una "mentada maternal". Y, por lo visto, al "mono de cilindro" querrían llamarlo esos señores "mono cilíndrico".

El seudoculteranismo imperante, al que se debe todo lo citado, también ha venido a imponer cosas como "la narrativa", "la mística y la erótica", la "mítica" y similares. Bueno, si lo "unisex" va a arrasar hasta con los géneros gramaticales, un día de estos el bonito cuento de "La bella y la bestia" amanecerá convertido en "Lo bello y lo bestia", y eso lo deploraremos algunos.

LUNA DE MIEL

"Dime, querida, ¿cuándo comprendiste que me amabas?" "Cuando empecé a ponerme triste cada vez que te trataban de idiota delante de mí", responde ella sonriente.

Alphonse Allais